

al paso que en otra las habia de sobra. Y se preguntaba aun, quien proveeria á todas estas cosas, sin las cuales no podia subsistir una religion por mucho tiempo, puesto que un Obispo no tenia autoridad para enviar las religiosas á los conventos, que no dependian de él, ni tampoco la de sacar de ellos las personas útiles, de que necesitase.

En fin, se decia, que para que la Orden estuviese bien gobernada, debia depender de un superior, que hubiese obedecido antes de mandar, que supiese perfectamente el espíritu, las leyes y costumbres, y aun que las hubiese practicado; lo que ni se verificaba, ni podia verificarse en los Ordinarios.

El santo Prelado, que no era de este parecer, decia por el contrario, que podia uno, sin temor de faltar, arreglarse en los últimos tiempos, á lo que se habia hecho en los primeros siglos de la Iglesia; que entonces no habia ni religiosos, ni religiosas, que no dependiesen de los Obispos; que en particular les habia sido confiado el cuidado de las Virgenes cristianas, y que no se habia hallado, que su autoridad no fuese suficiente para poner remedio á los inconvenientes que se habian notado: que los miembros de un mismo cuerpo religioso siempre estarian unidos, con tal que estuviesen animados del mismo espíritu: que ellos tendrian las mismas leyes, la misma educacion y prácticas, y los mismos superiores eclesiásticos, y que todos caminarian á un mismo fin: que los primeros cristianos, que no tenian sino un corazon y una alma, en cualquier lugar en donde los hubiese colocado la Providencia, no estaban unidos por otros lazos: que la caridad, la sola capaz de unir las voluntades, se podia mantener por otros medios, sin tener que recurrir á un gefe: que hasta entonces no habian establecido cosa alguna los hombres, que no tuviese sus inconvenientes, y que no lo harian jamas: que una Orden sin superior general

podia tener ataduras, pero que las que lo tenian, no estaban exentas de ellas, y que no eran tal vez menores: que cuando una cabeza llegaba á debilitarse y corromperse, la debilidad y corrupcion pasaba al momento á todos los miembros: que un Obispo podia carecer en verdad de la vigilancia y firmeza necesarias para mantener las cosas en orden, pero que no era verosimil, que sucediese asi á un tiempo con todos los demas: que de esta suerte podria relajarse la disciplina en algunos puntos, pero que se sostendria en todos los demas: que en una palabra, si era propio de la humana debilidad el propender al desorden y á la corrupcion, á lo menos era prudente retardar y alejar sus efectos. Esta última razon venció en el ánimo del santo Prelado, y se resolvió, que los monasterios de la Visitacion estuviesen sujetos á la jurisdiccion de los Ordinarios. El suceso ha justificado el juicio del santo: el Orden de la Visitacion subsiste hace cerca de un siglo en esta independencia, y al mismo tiempo en una union que pudiera servir de modelo á los demas; todos los monasterios se ayudan entre sí en sus necesidades espirituales y corporales; la abundancia de los unos suple la indigencia de los otros; todos concurren á mantenerse y perfeccionarse. Las religiosas que los ocupan, se aman y aprecian, sin haberse visto ni conocido. Una caridad viva, activa y respetuosa reina entre ellas, y no deja motivo alguno de dudar, que su santo fundador, que las ha gobernado durante su vida, las gobierna aun desde lo alto del cielo.

Por lo demas, aunque no haya prescrito una medida igual de mortificaciones para todas las religiosas, no pretende escluir las de su Orden; al contrario, quiere que cada una reduzca su cuerpo y sentidos, á aquella servidumbre de que habla San Pablo, en cuanto puedan permitírsele su salud, los ejercicios interiores y la uniformidad. Pero por miedo de que el amor propio



no contenga, ó que un fervor indiscreto lleve demasiado lejos, quiere que sobre este punto dependa todo del juicio de las superiores, y les manda considerar en esto, por una parte el fin del Instituto, al cual todo debe estar subordinado, y por otra las fuerzas de las particulares, de modo que se guarde un medio entre la tibieza, que perjudica al alma, y el exceso que arruina al cuerpo.

Habiendo dado el santo Prelado la última mano á las constituciones del Orden de la Visitacion, las hizo examinar por personas piadosas, igualmente instruidas que prudentes. Fueron generalmente aprobadas, y no hay persona que no admire en ellas, aun en el día de hoy, la prudencia, dulzura y exacta prevision, que no puede venir sino de una consumada experiencia. Se le hizo presente únicamente, que mandando que se recibiesen las achacosas, llegaría al fin á hacer un hospital de su Orden, respondió á esto: *que siempre habia sido partidario de los achacosos, que habia visto muchas veces personas que lo estaban, que hubieran sido unas excelentes religiosas, si hubiesen hallado conventos, en que hubiesen querido admitirlas, y que en parte habia fundado su Orden para remediar este inconveniente.*

La aprobacion de Róma siguió inmediatamente á la que habia tenido el nuevo Instituto en Francia y en Saboya. Paulo V, que apreciaba muchísimo al santo Prelado, le confirmó con grandes elogios; erigió la congregacion de la Visitacion, en título de Orden religiosa bajo la regla de San Agustin, y le concedió todos los privilegios de que acostumbran disfrutar las demas religiones.

Este cambio verificado en el Instituto de la Visitacion, muy lejos de detener sus progresos, no sirvió sino para aumentarlos. Durante los pocos años que vivió el santo Prelado despues de la ereccion del Orden en título de religion, vió hasta trece conventos, bien fun-

dados en Ancecy, Lion, Moulins, Grenoble, Bourges, Paris, Orleans, Dijon, y en otras varias de las principales ciudades del Reino. Multiplicando Dios sus bendiciones despues de su muerte, la madre de Chantal, su santa y fiel cooperadora, que no le sobrevivió sino diez y nueve años escasos, fundó hasta ochenta y siete, contando entre ellos los de que acaba de hablarse. Desde aquel tiempo se han aumentado los monasterios hasta el número de mas de ciento y cincuenta; la Orden encerrada por muchos años en Francia y Saboya, se ha estendido despues á la Italia, Nápoles, Alemania y Polonia.

Unos progresos tan considerables en lo exterior debian debilitar el Orden en lo interior segun el curso ordinario de las cosas, y no parecia posible naturalmente, que en tan poco tiempo pudiese formarse un número tan suficiente de religiosas para ser superiores, y ocupar todos los cargos, que eran consiguientes á tantos monasterios. En efecto, sucede en el orden de la gracia á poca diferencia lo mismo, que en el de la naturaleza, todo se hace ordinariamente con sucesion. Se necesita tiempo para formarse, crecer y fortificarse; el uso de la leche, como dice San Pablo, debe preceder al de un alimento mas sólido, y es necesario haber llegado á la edad de la perfeccion, antes de ser capaz de engendrar almas para Jesucristo. El Orden de la Visitacion parece que estuvo exento de esta ley por una gracia particular. Obsérvase en él desde su origen un maravilloso número de personas formadas, capaces de formar á otras, y casi tantas superiores y fundadoras como religiosas. Prueba infalible de la bondad y santidad de sus leyes, de la fidelidad en practicarlas, y de la superabundancia de gracias, con que Dios ha favorecido este santo Orden desde su nacimiento.

En tanto, que hacia los progresos de que acaba de hablarse, no estaba tan ocupado el santo Prelado de



los cuidados que suelen ocasionar los establecimientos nuevos, que no lo estuviese aun mas de sus funciones episcopales: por confianza que pudiera tener en el celo del Obispo de Calcedonia, habia pocos negocios que no los despachase por sí, ó á lo menos en los que no interviniese, ó con la dirección, ó con el consejo. Quanto mas se acercaba el fin de su carrera, mas se le veia redoblar su exactitud y ardor; y quanto mas próximo estaba á dar cuenta de su administracion al Supremo Pastor, al Obispo de nuestras almas, era mas exacto y fiel, aplicado á todos sus deberes y á la práctica de las virtudes cristianas y apostólicas.

Por razon de la proximidad de su muerte, de la que le habia dado Dios conocimiento, redobló sus limosnas y demas actos de caridad, sin variar nada en su ordinaria conducta; no habia cosa que escapase á sus cuidados. Visitaba mas á menudo de lo acostumbrado los hospitales, las cárceles, las casas religiosas y los enfermos: tenia una apuatacion de todo lo que necesitaban; les enviaba las medicinas; hacia guisar los alimentos, que les eran necesarios, se los servia él mismo, y quando estaba obligado á ausentarse, ó les dejaba dinero, ó daba tan buenas disposiciones, que de nada carecian. Asistia del mismo modo á los sacerdotes pobres de su Diócesis, y á varios caballeros arruinados, cuyos hijos hacia educar, pagaba sus pensiones, y nada escaseaba para darles una educacion cristiana y conforme á su nacimiento. La hospitalidad era para él muy recomendable; y cuando estaban llenos los cuartos, que tenia en su casa, dedicados á este objeto, alquilaba otros en la ciudad, y muchas veces pedia prestadas sumas considerables para atender á este gasto.

Los pobres vergonzantes no eran los que tenian menos parte en sus limosnas. Se compadecia igualmente de su miseria que de la vergüenza, que es como su compañera inseparable. Este era su particular cuidado; so-

corrialos siempre por sí, y sin que nadie mas tuviese conocimiento, guardando en estas ocasiones un secreto impenetrable. No podia sufrir la conducta de aquellas personas que por parecer caritativas, hacen mil investigaciones inútiles que no sirven sino para hacer patente la miseria de otro, y cubrirle de confusion, sin servirle casi de alivio. No podia menos de vituperar una conducta, que hace, que aquellos desgraciados comprendan tan caro el socorro que se les da. *¿De qué sirven añadia, unas pesquisas ruidosas, y unas ostentosas informaciones, sino de mortificar á estas pobres gentes, cubriéndolas de vergüenza delante de todos por su pobreza? ¿A qué este ruido? ¿para qué tantos testigos de ella? ¿para qué sirven todas estas cosas, sino para adquirirse una vana reputacion de caridad, y lisongear la vanidad y el orgullo, en tanto que aquellos pobres vergonzantes se mueren de sentimiento y de confusion? No, no, continúa, no es suficiente el hacer limosna, es preciso saberla hacer. Cuando Dios es el único objeto que nos mueve á hacerla, no se quiere sino á él por testigo.*

Con el mayor secreto posible provejó á la subsistencia de una señora que tenia tres hijas, hasta tanto que las hubo alcanzado una pension del Duque de Saboya; y del mismo modo dió cuatrocientos escudos de oro, que le habian regalado, á una señorita, que falta de recursos, no podia llevar á efecto la intencion que tenia de hacerse religiosa. Quando los años eran estériles, mandaba hacer grandes acopios de granos, que hacia que se diesen muy baratos á los que podian comprarlos, y de valde á los que carecian de medios. Su caridad se estendia hasta sus enemigos; no se contentaba con no incomodarlos, sino que les hacia toda clase de buenos servicios. Un caballero, de quien sabia que era odiado, y que nada habia omitido para desacreditarle por medio de calumnias secretas, hallábase arruinado,



por haberle salido mal un negocio; llegó á noticia del santo, se lo llevó á su casa, le mantuvo por espacio de seis semanas, y le dió al fin una cantidad considerable que pidió prestada, y con la que pudo aquel hombre volver á entablar sus negocios.

Asistia tambien á los hereges en sus necesidades; y esta caridad sin límites, de que estaba lleno su corazón, no le permitia dejar de socorrerlos, viéndolos en la indigencia. Se le reconvinó alguna vez por esta causa, y aun se le dijo, que obrando de este modo, se privaba de los medios de asistir á los católicos. Pero respondia, que Dios proveeria á todo; que los hereges no dejaban de ser hombres por estar envueltos en el error; que eran cristianos, y ademas del número de sus ovejas, aunque descarriadas, y que los cuidados del Pastor debian alcanzar á la parte enferma del rebaño, del mismo modo que á la que estaba más sana. Añadia, que el que podia ganar el corazón, lo ganaba todo: que aquellos socorros que daba á los hugonotes, les habia hecho muchas veces dóciles á sus intrucciones, y que tenia la alegría de ver entrar á varios en la Iglesia por aquella puerta.

Los mismos ginebrinos, movidos de la fama de su virtud, no podian menos de admirarla, y se les ha oido decir públicamente, que si todos los Obispos se le pareciesen, no tendrian repugnancia en entrar de nuevo en la Iglesia. Esta veneracion de los hereges á un Prelado tan santo y celoso se vió á las claras en su beatificacion. Cuando se tomaban los informes, se presentó un hugonote para declarar en su favor; pero como vió, que no era admitido su testimonio, dijo delante de todo el mundo: *que él habia conocido al difunto señor de Ginebra por espacio de muchos años, y que habiéndose dedicado á examinar su conducta, nada habia visto en ella, que no fuese digno de un Apostol.*

Se estrañará tal vez, que con tan poca renta pudiese

hacer tantas limosnas. Ciertamente, que esto le hubiera sido imposible, sino se le hubiese socorrido por otra parte; pero la alta estima, que se tenia de su virtud, y la persuasion en que se estaba de su perfecto desinterés, hacian que se le enviasen grandes limosnas de todas partes en donde era conocido, refiriéndose enteramente en el modo de emplearlas á su celo y á su prudencia; y este grande hombre tan desinteresado, tan firme en no recibir cosa alguna para sí, y tan circunspecto en evitar las menores sospechas que hubieran podido deshonorar su ministerio, no ponía dificultad en ser el depositario de los pobres, recibia para ellos, y de tantos caudales como se le confiaban, no hacia otro uso que cuidar de ellos, y tomarse el trabajo de distribuirlos.

Pero estas limosnas, aunque abundantes, frecuentes y manejadas con toda la economía que es capaz de sugerir la prudencia cristiana, no eran suficientes muchas veces para una caridad tan ilustrada como la suya, y tan atenta y ocupada de todas las necesidades del prójimo. Entonces no perdonaba á sus muebles, á su capilla, y ni aun á sus mismos vestidos. Esto es lo que le sucedió con un estrangero que pasaba por Anecy, y que se hallaba en la última miseria: hallándose el santo Prelado sin dinero, le dió una vinajera de las de su oratorio; pero sorprendido el estrangero, y teniendo reparo en tomarla: *tomad, le dijo el santo Obispo con rostro alegre, ¿qué uso quereis que haga de ella, que sea mejor que este?* Habiendo sabido que en una parroquia no podia continuarse el culto por falta de ornamentos, envió á vender dos candeleros de plata de su oratorio para atender á aquella urgencia; y habiéndosle hecho presente con este motivo que tendria necesidad de ellos. *No sé, dijo, que pueda ofreeerseme otra mas precisa, que la que se trata de remediar.* En quanto á sus vestidos no se contentaba con dar los que habia en su guar-



darropa, se despojó muchas veces de los que llevaba puestos, cuando se hallaba sin dinero, y cuando no tenía otro medio de asistir á los pobres.

Estas limosnas, que miran á las necesidades corporales, iban acompañadas de la caridad, que se ocupa de las espirituales; la visita de los pobres, de los enfermos y de los presos, formaba su principal ocupacion. No permitiéndole su debilidad en los últimos dias de su vida dedicarse al ministerio de la predicacion, que miraba como un deber indispensable en un Obispo, esplicaba á menudo el catecismo en público, y aun mas á menudo en su palacio episcopal, en donde se le veia muchas veces en medio de una gran porcion de niños, á los que instruia y formaba en la virtud.

Le sucedió en este tiempo una aventura demasiado original para omitirla. Habia ido á Lion para unos negocios de importancia. Un dia, que estaba muy ocupado, recibió un billete de un desconocido, en el que no halló escritas otras palabras que estas: *sino venis á confesarme cuanto antes, responderéis de mi alma delante de Dios*. Contestó inmediatamente que fuesen á esperarle en el locutorio de la Visitacion, á donde iria dentro de poco: partió allí al momento. Al acercarse al monasterio reparó en una especie de lacayo de bastante mala traza, que tenia dos caballos por las bridas. Entró en el locutorio, y halló en él al que le habia escrito el billete, que ya estaba esperando. Era éste un hombre alto, de un aire brusco, y que se conocia que era extranjero, el pelo corto, y que empezaba á encanecerse. Iba vestido de paisano, y llevaba una capa parda con que se tapaba la cara para no ser conocido. Recibió al santo Obispo sin muchas ceremonias; y cuando le vió dentro del locutorio, cerró las ventanas y la puerta, y se guardó la llave, despues de haber cortado la cuerda de la campana para que no le interrumpiesen.

El santo Prelado miraba con atencion en que vendrian á parar todas aquellas precauciones, cuando el extranjero, habiéndole suplicado que se sentase, se echó á sus pies y empezó á hacer una confesion general. Le dijo, que era General de una religion, que vivia hacia mucho tiempo en una licencia espantosa, que sus malos ejemplos habian arrastrado á sus religiosos, sin que jamas se hubiera tomado el trabajo de corregirlos, ó contenerlos: que Dios, despues de haberle abandonado á los deseos de su corazon por espacio de muchos años, habia tenido al fin piedad de él, y que hacia mucho tiempo que le instaba interiormente, para que se convirtiese: que la vergüenza de confesar tantos desórdenes, y temor de dar con unos confesores severos y poco compasivos de su debilidad, le habian retenido por largo tiempo: que al fin habia oido hablar de su caridad con los penitentes, y que sobre la reputacion de su dulzura, habia venido de un pais lejano para hacer una confesion general con él, y regirse despues por sus consejos. Empezóla entonces con tantas lágrimas y suspiros, y la continuó con unas señales tan vivas de una verdadera contricion, que el santo Prelado no pudo menos de enternecerse.

A la verdad, le trató con su acostumbrada dulzura; pero estaba muy distante de aquella débil condescendencia, que halaga al pecador bajo pretexto de tenerle consideracion. Dióle una penitencia proporcionada á los excesos que habia cometido, le prescribió unas reglas de conducta, concertaron juntos los medios de que debian valerse para acabar por caritas la obra de su conversion, y le vió partir mudado en otro hombre, sin ser conocido de otro que del santo.

Supo despues, que su conversion habia tenido todos los felices resultados que se habia prometido: que la mayor parte de sus religiosos movidos de sus buenos ejemplos, le habian imitado, y que él habia llegado á re-



parar por su penitencia los escándalos que habian dado con sus desarreglos.

Convirtió tambien por aquel entonces á un religioso relapso, que quiso abjurar la heregia públicamente. Confesó en este acto, que aunque fuese sacerdote y hubiese enseñado teología en su Religion, no eran los errores que habia hallado en la doctrina de la Iglesia católica, los que le habian obligado á dejarla como se habia publicado: que no lo habia hecho sino para satisfacer sus malos deseos: que instado por los remordimientos de su conciencia, habia ya abjurado una vez en manos del santo Obispo de Ginebra: que una muger y los hijos, que habia tenido antes de su conversion, le habian hecho recaer en su primera apostasía, pero que persuadido al fin de que no podia lograrse la salvacion fuera de la Iglesia católica, venia por segunda vez á echarse á sus pies, y á protestarle, que nada seria capaz en lo sucesivo de arrancarle del seno de la Iglesia, en donde estaba resuelto á vivir y morir.

Habiéndole parecido sincera al santo Prelado esta segunda conversion, y hallando por otra parte que aquel penitente era hombre de mérito y capacidad, le recibió á la comunión católica; pero temeroso de que la necesidad le obligase á volver á sus primeros errores, le dió una pensión de cuatrocientas libras, y le retuvo en Anney.

Se le escribió entonces, que el Rey de Inglaterra escandalizado de la inconstancia de los ingleses, entre los cuales se introducian todos los dias nuevas sectas, cuyos progresos no podia impedir, habia formado buena idea de la Religion católica, y que si algun Prelado hábil quisiese trasladarse á su lado, habia motivo de esperar su conversion. El santo, olvidando todos sus achaques, se ofreció al momento para este penoso viaje. Pero el Duque de Saboya, cuyas sospechas se despertaban fácilmente, no quiso jamas consentir en que saliese de sus Estados.

Puede asegurarse sin embargo, que tal vez no habia otro Obispo en Europa, que fuese mas capaz de manejar aquel grande negocio, que el santo Prelado. Era sabio, hábil en la controversia, dulce é insinuante, que era una gran ventaja: el Rey de Inglaterra le profesaba una particular estimacion, y le habia dado pruebas de ella muchas veces. Pero el tiempo de las misericordias de Dios sobre aquel Reino, antes tan católico, no habia llegado aun, y no nos es permitido prevenir la época y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado.

Entretanto, el santo Prelado reducido á edificar su Diócesis con el ejemplo de las mayores virtudes, hacia resaltar todos los dias otras nuevas. Sucedió por entonces, que un caballero que habia concebido odio contra él, movido de falsos informes que no se habia tomado el trabajo de averiguar á fondo, usó de todos los medios posibles para vengarse de él; calumnias y acusaciones atroces, todo se empleó. Pero viendo, que no podia vencer aquella paciencia extraordinaria, ni arrancarle la menor señal de resentimiento, resolvió propasarse á los hechos. Durante muchas noches, cuando estaba todo el mundo en el primer sueño, fué con perros, garcetas, y todo el equipaje de la caza á meter un ruido horroso delante del palacio episcopal. Los criados del santo Obispo, indignados de semejante ultraje, y seguros de la ayuda de los vecinos, quisieron salir á escarmentar á aquellos insolentes. (Esto era lo que aquel caballero pretendia con el objeto de maltratarlos). Pero el santo Prelado se lo prohibió con tal severidad, que no se atrevieron á desobedecerle. El caballero, en la desesperacion de no poder llevar mas lejos el insulto, pasó á las injurias. No hubo alguna por infame que fuese, que no se la hiciese decir por sus criados, mándandoles al fin que cogiesen piedras, con las que rompieron todos los vidrios de la casa episcopal.

Habiéndose estendido la noticia de este insulto, to-



dos los amigos del santo Obispo fueron á verle, y ninguno hubo por moderado que fuese, que no le aconsejase que pidiese justicia al Senado ó al Duque. Francisco respondió, que se guardaria muy bien de hacerlo; pues dando este paso, le perderia, y que su intencion era ganarle. Habiéndole contado al caballero esta respuesta, no pudo menos de conmovirse á pesar de lo prevenido que estaba contra él. Algunos dias despues, habiéndole encontrado el santo por la ciudad, se dirigió á él, y le saludó con mucha cortesía como sino le hubiese ofendido tan cruelmente; pidióle en seguida su amistad, abrazándole con tanto afecto, como si hubiera tenido motivo para estarle muy agradecido, así como lo tenia para estar resentido. Confuso el caballero de una bondad, que tiene tan pocos ejemplos, pareció suspeso y estuvo algun tiempo sin poder hablar; pero vencido al fin por una generosidad, que únicamente la santidad es capaz de inspirar, le pidió perdon, ofreció darle todas las satisfacciones que pudiese desear, y despues fué siempre el mas apasionado de sus amigos.

Habiendo dejado una señora de calidad un legado considerable á una casa religiosa, cierta persona que estaba interesada en esto, creyó, que el santo Prelado se lo habia aconsejado. Llena de semejante prevencion, fué á encontrarle, le hizo las reconvenciones mas injuriosas, y se propasó hasta levantar la mano para pegarle. El santo Prelado, bien lejos de darse por resentido, le habló siempre con una estremada dulzura, y salió acompañándola despues de haberla convencido de que se habia equivocado; y de que él no habia tenido parte en el hecho que ella atribuía á sus consejos. El arrebató habia sido demasiado grande para serenarse tan pronto. Avergüenzase uno á menudo de confesar que se ha engañado, y que no ha tenido razon, y cuanto mas lejos se ha dejado llevar de la cólera, hay tanta mas dificultad para volver en sí. Pasóse todo el dia sin que

aquella persona se arrepintiese de su acaloramiento; pero habiendo reflexionado en él al otro dia, fué á ver al santo, se echó á sus pies, y le pidió perdon.

Alcanzólo sobre la marcha; pero con tales muestras de bondad, que no podia despues dejar de hablar de Francisco, como de un Prelado de la mas eminente santidad.

No sucedió lo mismo con un abogado de Annecy; tenia un odio irreconciliable al santo Prelado, y no perdía ocasion de perjudicarle con sus murmuraciones y con todos los medios que estaban á su alcance. Sus amigos se lo habian reprehendido muchas veces, y le habian convencido de que obraba mal, pronosticándole, que con el tiempo le sucederia alguna gran desgracia. En efecto, habiéndose encontrado con el santo Obispo á los pocos dias, le tiró un pistoletazo, del que hirió á un criado del santo que iba á su lado. Apoderaronse del agresor al momento, y lo llevaron á la carcel; y por mas que hizo el santo Prelado para salvarle, fué sentenciado á muerte. Su caridad no se contentó con lo hecho, hizo que se suspendiese la ejecucion, y pidió el perdon al Duque de Saboya con tanto interes, que lo consiguió. Habiéndolo recibido, fué él mismo á la carcel á llevárselo á aquel desgraciado. Una gracia tan inesperada no fué capaz de moverle el corazon, propasóse á nuevas injurias, y aunque el santo Prelado se bajó hasta pedirle perdon, no pudo hacerle entrar dentro de sí mismo: no dejó por eso de entregarle su indulto; pero penetrado de dolor á vista de aquella dureza de corazon, le dijo al despedirse de él: *yo os he sacado de las manos de la justicia de los hombres, vos caeréis en las de la divina, y yo no tendré el mismo poder.*

Sucedió lo mismo que el santo habia predicho; la justicia de Dios le persiguió, y tuvo un fin muy desastroso.

Difícil seria llevar mas lejos la dulzura y paciencia



cristianas; sin embargo, la práctica de estas dos virtudes, tan alabada y aprobada en el Evangelio, y aun tan recomendada por el mismo Dios, no agradó á todos sus amigos. Hubo algunos, que le reconviniéron porque no sostenia bastante su caracter, y le dijeron, que su escesiva dulzura llegaba hasta hacerle despreciable. Pero este santo Obispo, educado en la escuela del mismo Jesucristo, respondia á los unos que nada era mas propio del caracter de un Obispo, que la dulzura y la paciencia: que sabia muy bien que el mundo y el amor propio habian establecido otras máximas; pero que la regla del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo eran contrarios á ellas, y que él se gloriaría siempre de seguirle. Respondia á los otros, que toda su vida habia trabajado para adquirir un poco de dulzura, y que no creia deber perder en un cuarto de hora el trabajo de tantos años: que Dios se habia reservado la venganza, y no nos habia dejado sino la gloria y ventaja de perdonar.

Su dulzura tenia sin embargo sus limites, y cuando la justicia lo exijia, cedia á la firmeza episcopal: se han visto tan grandes ejemplos de esto en la mision del Chablais, y en algunas otras circunstancias de su vida, que no dejan lugar de dudar de su certeza. Se ha creido conveniente referir aqui algunos ejemplos en confirmacion de lo dicho.

Unos caballeros de su Diócesis, infatuados con su nacimiento, y que no miraban á los sacerdotes sino con desprecio, queriendo obligar á un párroco á tener ciertas consideraciones que no creyó que eran propias de su caracter, se resistió á ello, y le maltrataron. El párroco elevó sus quejas al santo Obispo, examinólas y habiéndolas hallado justas, tomó su defensa, demandó en justicia á aquellos caballeros, y obtuvo contra ellos un auto de condenacion. Iba ya á hacerlo ejecutar, cuando los caballeros le manifestaron, que se arrepentian de

lo que habian hecho, y le pidieron mil perdones; aunque esto fuese ya algo tarde, el santo se dió por satisfecho; se lo hizo ver asi, y despues de haberles representado con mucha dulzura la falta que habian cometido, les suplicó, que viviesen bien con los sacerdotes de su Diócesis: y no les habló ya mas ni del auto, ni de los gastos del proceso, como sino hubiese ganado uno y otro.

Esta firmeza llegó á mas en otra ocasion, porque negó un Priorato al mismo Duque de Saboya, que se lo habia pedido para un sacerdote ignorante, y que no poseia cualidad alguna, de las que podian hacerle digno de obtenerle. Este sacerdote, que se veia apoyado, furioso con tal negativa, tuvo el atrevimiento de presentarle en el coro, á donde asistia al oficio divino, un libelo infamatorio, en que se tiraba extraordinariamente á su reputacion. Los canónigos, indignados de semejante insolencia, quisieron mandarle prender; pero el santo Prelado se opuso; les dijo, que no tardaria aquel hombre en arrepentirse, y que una penitencia voluntaria siempre valia mucho mas, que una forzada. En efecto, habiendo reflexionado en las consecuencias que podria tener esta accion, si llegaba á noticia del Duque, fué á echarse á los pies del santo al otro dia y á pedirle perdon. Por interesado que fuese este arrepentimiento, el santo Prelado no se contentó solamente con perdonarle; escribió en su favor al Príncipe del Piamonte, y le alcanzó un empleo de consideracion en su casa, del que era mas capaz, que de las funciones eclesiasticas.

Defendió con igual firmeza los bienes y derechos de su Iglesia contra los oficiales del Duque de Nemours, sostuvo para esto varios pleitos; y como ninguno emprendia á no ser justo, y como tenia cuidado de consultarlos bien, y nunca obraba por pasion, los ganó todos. Desesperados con esto los oficiales trataron para vengarse, de hacer que riñese con el Duque; salieron con



su intento, vióse envuelta su casa en la desgracia, y aun el santo Prelado se halló en la forzosa precision de ausentarse de Anney y retirarse al castillo de Sales. Algun tiempo despues escribió al Duque con mucha firmeza para su justificación y la de toda su familia. En fin, este Príncipe se desengañó, volvióle su aprecio y amistad, y por mas esfuerzos que se hicieron para malquistarlo con él, ya no fué posible conseguirlo en adelante.

En tanto, que el santo Prelado practicaba como á porfía todas las virtudes cristianas y apostólicas, y que adquiriendo la gracia todos los dias nuevas fuerzas en su corazón, se desprendia cada vez mas y mas de las cosas sensibles para no vivir sino para Dios, su cuerpo se debilitaba, aquella complexion tan robusta en otros tiempos, pero tan poco cuidada, cedia insensiblemente bajo el peso de los trabajos con que habia sido sobrecargado, y se acercaba la hora en que el justo Juez se preparaba para darle la corona de justicia, y para recompensarle de sus propios dones, de los que habia hecho un uso tan santo. Pocas personas hay por santas que puedan ser, que sintiendo acercarse este momento tan terrible para los que han olvidado á Dios, y de tanto consuelo para los que han vivido únicamente para él, no cambien alguna cosa en su primitivo modo de vivir. Se retira uno mas; se está mas atento, y se examina uno á sí mismo con mas cuidado; y sea que la vista de la justicia de Dios nos asusta, ó sea que la de su bondad nos serena, es muy raro que uno permanezca en la misma situacion.

El conocimiento anticipado, que Dios habia dado al santo Prelado de su próxima muerte, no produjo en él cambio alguno: como habia vivido del mismo modo, que si cada dia hubiese sido el último de su vida, su conducta fué siempre la misma. Reparóse solamente, que se encerraba mas á menudo de lo que tenia de costum-

bre con su hermano y coadjutor el Obispo de Calcedonia. Allí examinaban ambos con cuidado las memorias y estados de la Diócesis de Ginebra, que habian compuesto juntos, ó cada uno de por sí; repasaban todo lo que habian notado perteneciente al genio y costumbres de los pueblos y de los párrocos, y sus buenas ó malas cualidades, en cuanto á los medios mas propios para desterrar los desórdenes, y para establecer ó afirmar el bien; y como el santo Obispo estaba persuadido, de que la cuenta mas estrecha que tendria que dar á Dios, seria la de las almas que le habian sido confiadas, nada omitia para reparar lo que creia haber descuidado, y para acabar lo que no estaba sino empezado. Haciendo temer al Obispo de Calcedonia, que perjudicaria á la salud de su santo hermano la continuacion con que se aplicaban á este trabajo, creyó que debia hacérselo presente; pero el santo incapaz de uilarse, cuando se trataba del deber de su cargo, le respondió con su acostumbrada dulzura: *al contrario despachémonos; el dia declina y la noche se acerca.* Estas palabras, que el Obispo de Calcedonia miró como un anuncio de su próxima muerte, como lo era en efecto, le aflijieron en términos que prorrumpió en llanto. Habiéndolo notado el santo Prelado, le dijo, abrazándole tiernamente: *reprimid, mi querido hermano, esas lágrimas tan impropias en un cristiano, y sobre todo en un Obispo; no es propio sino de los infieles, que no tienen parte en una vida mejor, el aflijirse por la pérdida de la de aquí bajo.*

Ocupábanse de este modo, interrumpiendo á menudo su trabajo con conversaciones muy piadósas, cuando el santo Prelado recibió una carta del Duque de Saboya. Le mandaba éste, que fuese á unirse con él en Aviñon, á donde debia trasladarse para complimentar al Rey Luis XIII que acababa de reducir á su obediencia á los hugonotes del Languedoc. El Príncipe y la Princesa del



Piamonte, hermana del Rey, debian ser de la comitiva; estos habian deseado, que el Obispo de Ginebra acudiese alli para desempeñar su encargo de limosnero mayor, y para servirse de sus consejos en varios negocios que tenian que manejar. No permitiéndole hacer este viaje el mal estado de su salud, era de parecer el Obispo de Calcedonia, de que se escusase, y le ofreció tambien escribirselo asi al Duque. Pero el santo Prelado fué de contrario dictamen. Fundóle en dos razones; la una, que estando revestido del cargo de limosnero mayor, era justo que desempeñase algunas veces sus funciones; la otra, que la entrevista del Rey Cristianisimo con sus Altezas Reales era una ocasion preciosa, que Dios le ofrecia para procurar los adelantos de la Religion católica en aquella parte de su Diócesis, que dependia de S. M. y que se creia obligado á aprovecharla. Esta última razon pudo mas con él, que todo quanto se le dijo en contrario. Asi es, que no restándole sino algunos dias para preparar su viaje, empezó por hacer testamento, y disponer de todas sus cosas como si hubiera estado en visperas de morir. No pudo hacerlo tan secretamente, que no corriese la noticia. Vióse en esta ocasion, cuan amado era de su pueblo. El rumor de su cercana muerte causó una consternacion general. No podia salir, sin que se viese rodeado de una multitud de pueblo; todos salian de las casas; y hasta los trabajadores dejaban su trabajo para ir á pedirle su bendicion. El santo Prelado no se contentaba con dársela, deteníase á cada paso, decia al uno alguna palabra de consuelo, y daba al otro algun consejo sobre la paciencia. Daba limosna á todos los que se la pedian, y á todos les exhortaba á amar y servir á Dios, del modo que á cada uno convenia segun su estado. Hasta los niños sentian la impresion de la santidad; y se les ha visto muchas veces desde los brazos de sus amas, dar pruebas de la impaciencia en que estaban por acer-

arse á él. La bondad del santo Prelado no permitia pasar adelante, deteníase por un niño, como hubiera podido hacerlo por la persona de mas juicio de este mundo. Haciales la señal de la cruz en el pecho, en la frente, en la boca ó en los ojos y esto casi nunca era sin efecto. Se ha visto á varios curados desde aquel momento de los dolores, que causa la detencion de cólicos, y de otros pequeños males que suelen padecerse en esta tierna edad. Sus capellanes y demas que le acompañaban se impacientaban á menudo por verlo detenerse asi por unos niños. Entonces el santo Obispo le decia, *que Jesucristo habia hecho lo mismo, que habia amado mucho á los niños, y que no podia haber indecencia en imitarlo.*

Llegada la vispera de su partida, fué muy de mañana á ver á sus queridas hijas de la Visitacion, dióles el último á Dios, les bendijo, y les dejó penetradas de afliccion. Subió en seguida al púlpito para despedirse de su pueblo. El sermon fué tierno, vivo y lleno de uncion. Pero habiendo concluido su discurso, diciéndoles, que ya no le verian mas, y que les exhortaba á que rogasen á Dios, que tuviese piedad de su alma; todos prorrumpieron en llanto, y no quedó persona alguna que no diese señales del mas vivo dolor.

Al dia siguiente salió de Annecy acompañado del Obispo de Calcedonia, y de los principales del clero y de la ciudad, que le acompañaron hasta Seissel. Este fué el lugar en que debia separarse, y en el que el santo, despues de haberles dado las gracias con palabras llenas de ternura, se puso de rodillas, y levantando las ojos y las manos al cielo, dirigió á Dios sus oraciones, y le pidió con una devocion, que arrancó lágrimas de los ojos de todos los que le acompañaban, que se dignase conservar al pueblo que le habia confiado, y ser él mismo su Pastor, y reparar por la abundancia de sus gracias las faltas, que él habia cometido por su ne-



glicencia ó por su poca capacidad, y acabó su oración con las mismas palabras, que Jesucristo dirige á su padre: *padre santo, os ruego por los que me habeis dado, porque son vuestros. Conservadlos por la gloria de vuestro nombre.* Despues, habiendo dado su bendicion á todos los que estaban presentes, pidiendo á Dios que les bendijese él mismo, les abrazó, y se encomendó á sus oraciones. En seguida se embarcó en el Rodano hácia mediados de noviembre del año 1622 en un tiempo muy frio, y que le incomodó mucho. Sus gentes eran de parecer, de que se detuviese en Lion para descansar algunos dias; pero quiso pasar adelante, y la razon que dió para ello, fué que era de su deber presentarse en Aviñon, antes que sus Altezas Reales, que el tiempo urgía, y era preciso no desperdiciarlo.

Vióse en este viaje cuan estendida estaba por todas partes la reputacion de su santidad. Hubo ciudades en donde el clero fué á recibirle en procesion á su desembarque, acompañándole luego hasta la Iglesia, en donde se cantaba el *Te-deum*. Pero su humildad no se acomodaba á estos honores; escondió las insignias de su dignidad y prohibió, que se dijese su nombre. Así llegó á Aviñon, sin ser conocido, la víspera de la magnífica entrada que hizo en esta ciudad el Rey Cristianísimo á su vuelta de la toma de Montpellier. Sus gentes le alojaron por casualidad en un paraje por donde pasó S. M. al otro dia. Fué esto para el santo un motivo de mortificacion; porque en lugar de contentar una curiosidad, que no podia ser sino muy inocente, viendo los regocijos públicos, se encerró en un gabinete, en el que pasó en oracion todo el tiempo que duró aquel grande espectáculo. No sucedió lo mismo con el ruido de la artillería; no pudiendo menos de oírlo, hizo con semejante motivo esta tan cristiana reflexion: *que Dios daba á los Principes unas grandes lecciones de humildad en medio de los honores, que se les tributaban; que el es-*

*truendo del cañon que duraba tan poco, y que se dissipaba en humo, les enseñaba que su gloria acabaria bien pronto, y que despues de algunos momentos de duracion, desapareceria como un sueño.*

Entretanto habiendo sabido el Vice-legado la llegada del Obispo de Ginebra, fué á visitarle, y le hizo grandes honores por todas partes; la Corte de Francia se portó del mismo modo, y cuando fué á saludar al Rey, le dió éste unas pruebas de aprecio tan particulares, que no hubo uno que á ejemplo del Príncipe no le dispensase toda la consideracion debida á su mérito y virtud.

Aun se esperaba al Duque de Saboya, cuando llegó su hijo el Cardenal. Su supo por él, que estando ya demasiado adelantada la estacion para pasar los montes, no haria el Duque el viaje de que se ha hablado: el Cardenal se escusó con el Rey, y le aseguró, que el Príncipe y la Princesa del Piamonte se trasladarian á Lion para saludar á S. M. La Corte partió algunos dias despues y el santo Prelado acompañó al Cardenal, que tenia orden de su padre para no separarse de S. M.

A su llegada á Lion encontró Francisco varias personas de distincion que le esperaban para llevarle á sus casas; el señor de Ollier Intendente de la provincia que vivia cerca del monasterio de la Visitacion, le ofreció un departamento cómodo en su casa; los padres Jesuitas fueron tambien á ofrecerle la suya de San José; pero el santo Prelado les respondió á todos que habiendo previsto la dificultad que habria en alojarse, estando en Lion las dos Cortes de Francia y Saboya, se habia prevenido de antemano, y sabia ya un alojamiento bastante cómodo para él, y el cual no podia faltarle. Creyósele, pero todo el mundo quedó muy sorprendido, cuando supo que no tenia otra posada que el cuarto del hortelano de la Visitacion. Empezaron de nuevo las instancias para darle un alojamiento mas conforme á su dignidad. Pero el santo Prelado, que nunca estaba me-